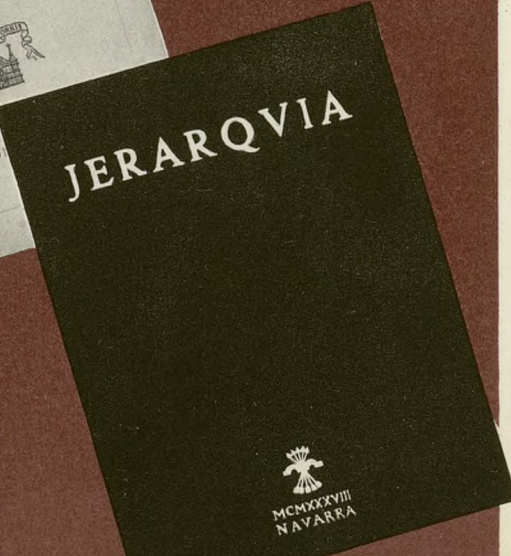
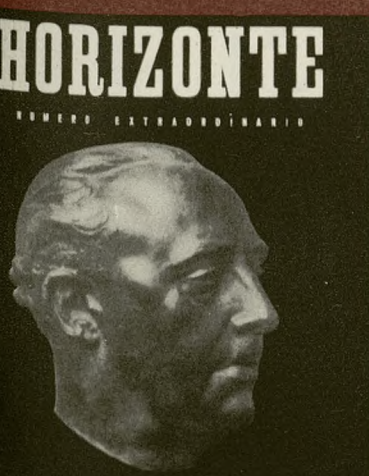


# UNA DÉCADA

## DE LA PAZ UNITARIA EN LA CREACIÓN DE LA LITERATURA ESPAÑOLA



El autor de este trabajo, Juan Aparicio, actualmente director del diario madrileño «Pueblo», es quizá el mejor conocedor de la literatura y el periodismo españoles de los últimos diez años. A su etapa como director general de Prensa—1941-1945—, y en muchos casos a su impulso, corresponde un inusitado florecer de revistas literarias o meramente periodísticas en todos los puntos de España. Personalmente, Juan Aparicio ideó, fundó y dirigió tres grandes periódicos, anchos y vigorosos, que removieron y ampliaron el ambiente literario español. Fueron «El Español», «La Estafeta Literaria» y «Fantasía», en cuyas páginas se dieron a conocer centenares de escritores y periodistas de la generación de la postguerra nacional.

La década no es una medida arbitraria, sino que es una medida ineludible. Si el lustro, aunque engendrando la lustración con su carácter entre estático y casi sacramental, era una manera de contar para el empadronamiento, los dioses de la antigüedad tuvieron que recurrir a la década para ajustar las cuentas a los hombres. De cien en cien años puede producirse la conmemoración de un centenario, como en el tiempo clásico el hallazgo de un carmen secular; pero sólo de diez en diez años podemos resumir cuanto ha pasado en medio de la tierra y del cielo. Desde 1899 hasta 1949 han transcurrido, dentro del medio siglo español, cinco décadas que remataron guerras o preparaban revoluciones. Acaso fué un azar esta reiteración del guarismo nueve en la historia más reciente de España; sin embargo, ahí están las fechas de 1899, con la postrera repatriación de los soldados del fuerte de Baler, en las islas Filipinas, después de haberse perdido este archipiélago, junto a Puerto Rico y Cuba, y la fecha de 1909, que es el año del barranco del Lobo, y la fecha de 1919 sin que nuestro Estado interviniese en la paz de Versalles, quizás porque teníamos pendiente una guerra social e incubándose una guerra civil, la guerra de 1929, cuando, a pesar del auge de las dos exposiciones internacionales de Barcelona y Sevilla, se inició con la próxima caída del general Primo de Rivera la catástrofe del separatismo y del bolcheviquismo, cuya extirpación por las armas pudo ser celebrada en la fecha el 1.º de abril de 1939. En esta fecha totalizadora de 1949, tras cincuenta años de política y literatura, nos corresponde obtener la conclusión de que cada década anterior ha producido una promoción o consecuencia literaria, más o menos positiva, según las reacciones nacionales o antinacionales de la Patria, mientras que el resultado literario de la década final, proporcionalmente en cantidad y calidad y sin la perspectiva aun de la lejanía histórica, que es donde intervienen los eruditos y los catedráticos de Instituto, ha dado una suma cuantiosamente, valiosamente óptima. A una guerra unitaria ha sucedido una paz unitaria, la primera paz unitaria que han vivido contemporáneamente los españoles.

No obstante el lugar común de que en aquella tarde de domingo de 1898 el pueblo y la clase dirigente se habían inhibido de la derrota naval de Santiago de Cuba, extravertiéndose en el círculo mágico de la plaza de toros, perduraba en la conciencia nacional el otro lugar común de que se había gastado ultramarinamente hasta el último hombre y la última peseta. España estaba exhausta y necesitaba una regeneración... Contra este pesimismo interior de los políticos que merodeaban en torno a un Estado escéptico, cuyo monarca era un menor de edad, y contra la miopía de los observadores extranjeros, como Rubén Rarío, enviado especial de «La Nación» de Buenos Aires, en 1899, que veía un trasunto de las ruinas de Itálica en las tertulias y en los salones literarios madrileños — Cánovas, Campoamor, Núñez de Arce, Valera, Echegaray, Castelar, Alarcón, valetudinarios, cascados, exangües o difuntos—, en el mismo año 1899 se fundó por Luis Ruiz Contreras la «Revista Nueva», en la que, agrupándose bajo esta enseña de novedad, colaboraron los escritores de la generación del noventa y ocho. O sea, hubo un sincronismo sorprendente entre la crisis militar, la creación literaria y el vehículo — en este caso «Revista Nueva» — para su comunicación con el público.

Ningún novelista o poeta del noventa y ocho, salvo Manuel Ciges Aparicio, en la Habana, y Felipe Trigo, que fué herido por los tagalos al servir en Filipinas como capitán médico, estuvo en el escenario de la lucha y del desastre, como tampoco asistieron a las operaciones desgraciadas de 1909 en Melilla los poetas y novelistas de la promoción que hubo de publicar la revista «España» en 1915. En el noventa y ocho, Ramiro de Maeztu fué soldado expedicionario para Cuba, pero su batallón se quedó en la isla de Mallorca, en tanto que, en 1909, el único voluntario para la campaña marroquí fué Eugenio Noel. En cambio, los militares que han gobernado desde 1923 en adelante, no desertaron de sus puestos de honor y de combate en la manigua, en el Rif o en el Alcázar de Toledo; cada vez en sitios más próximos a la médula peninsular; porque cada vez era más imprescindible, quirúrgica, recreadora la guerra unitaria.

Al lado del abandono de Marruecos en 1909, que tuvo una consecuencia trágica con el nombre de Annual, existió en 1919 el abandonismo de la guerra universal que acababa, cuyos corolarios fueron para Italia, Alemania, Rumania, los movimientos llamados fascistas y para España el aniquilamiento de la monarquía en 1931. Así, en 1919, España, que no era excombatiente, se contagió de las modas literarias inventadas en la Francia que iba a ser sobrerrealista, pero que no había combatido de mentirijillas; como desde 1939 a 1949 se ha pretendido también que nos impregnemos los españoles del existencialismo, que es la moda literaria de una Francia que se entregó a los alemanes en junio de 1940 y que reconquistó París con las tropas españolas de la División Leclercq.

En 1929, principió a conmemorarse por los estériles literatos de la colección «Nova-novorum», de la «Revista de Occidente», la fecha francesa de 1830, que trajo la dinastía burguesa, financiera, liberal de los Orleans; es decir, la creación literaria se sumergía en un espejismo décimonónico, de donde habían de salir,

el 14 de abril, los compases de «La Marsellesa» y el «Himno de Riego». Mientras que el literato español estaba entretenido en fingir retrasadamente los estados de ánimo, los morbos y las degeneraciones de París — pues para muchos que se dolían del mal de fin de siglo arrastraban en España el decadentismo producido por el desencanto de la *débañe* de Sedán, como el dadaísmo allá, o el ultraísmo entre nosotros, fué causado por la insatisfacción de los franceses, que sólo habían ganado a medias frente a Alemania — el proletariado español se había escindido de la órbita nacional, como el separatista catalán, vasco o gallego operaban subversivamente.

Entonces surgió la consigna para el remedio; pero el autor de esta frase «la guerra unitaria», que precedería a la auténtica y verídica guerra unitaria en el plazo de menos de un bienio, no fué un reaccionario español, un tradicionalista español, un falangista español, sino el primer investigador presentado por España ante el mundo, el premio Nóbel de Medicina don Santiago Ramón y Cajal. Hay una cuartilla manuscrita por su mano en la que se consigna lo siguiente: «Remedios, sólo dos: el heroico Gracían; reorganizar el Ejército, suprimir fueros y estatutos e ir a la guerra unitaria, o la resignación». No resignándonos, el dilema se redujo a un acto enormísimo de voluntad, y por lo tanto de creación. La guerra unitaria sobrevino en 1936; luego vino la paz unitaria en 1939, en la que recogimos la unidad social, la unidad nacional; esto es, la unidad espiritual que habían logrado todos los combatientes.

¿Cuál es el haber político de España en esta década que comenzó en 1939? Conseguida la unificación de los españoles, se ha iniciado la industrialización de los españoles, alejándose su literatura del ruralismo de un país agrario, como se iba a liberar del introvertimiento de un Estado y de unos súbditos que no salían fuera. Entre 1939 y 1949 el español pudo acercarse a Moscú, como el Gran Ejército napoleónico, vivir en una Europa sin «telones de acero» y comparecer en la América hispana en el momento en que América se dispone a ser la legataria de Europa. La órbita visual e intelectual de los españoles se ha abierto durante estos diez años, no limitándose ya a ser vates en los juegos florales de Salamanca, a la manera de Gabriel y Galán, ni a confundir en los cafés de Madrid el maquinismo con el coche de caballos, cuyos jamelgos comían todavía torrijas en 1919, cuando los poetas de la vanguardia empleaban el verso libre para los elogios del motor de explosión.

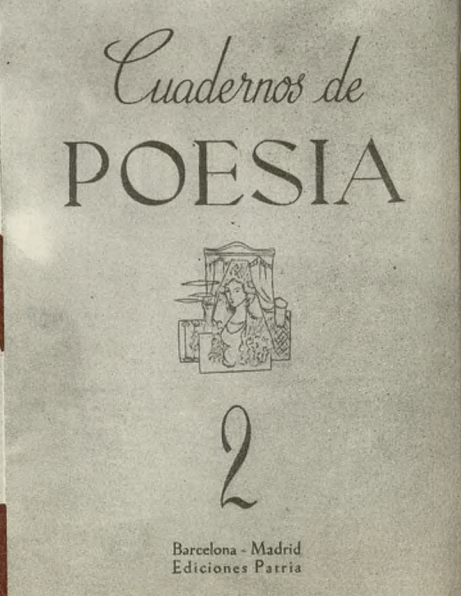
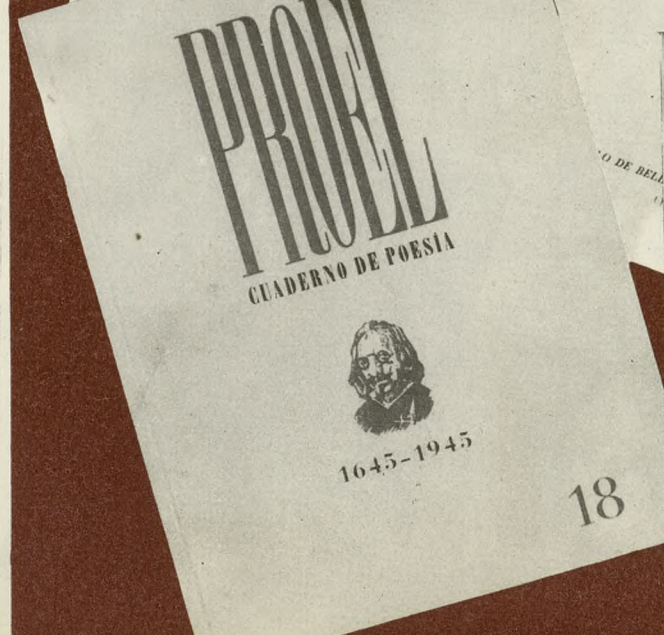
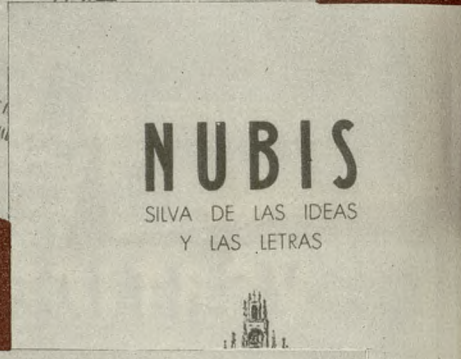
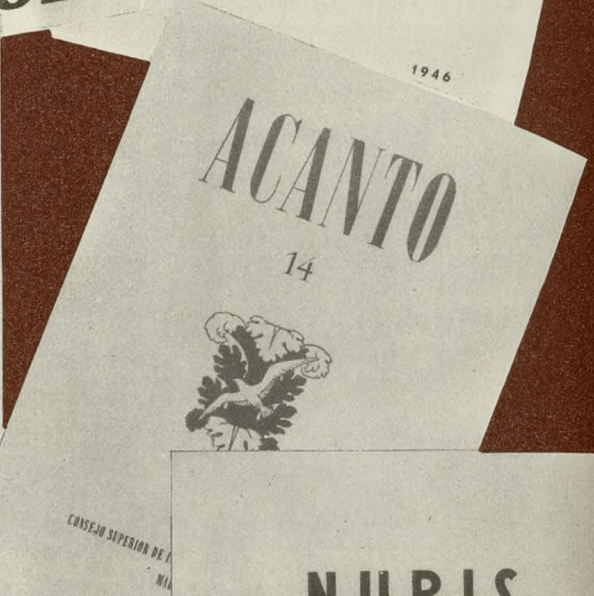
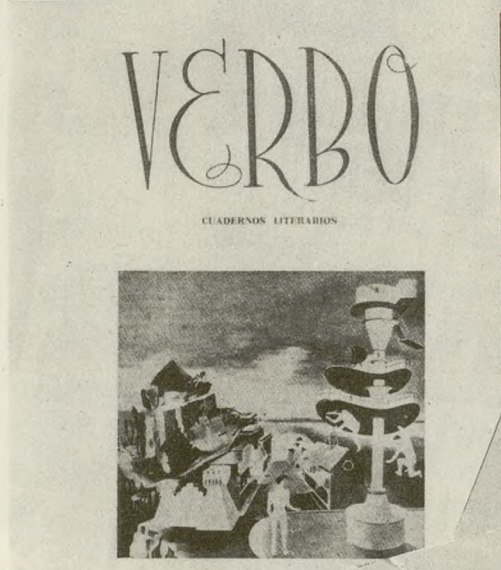
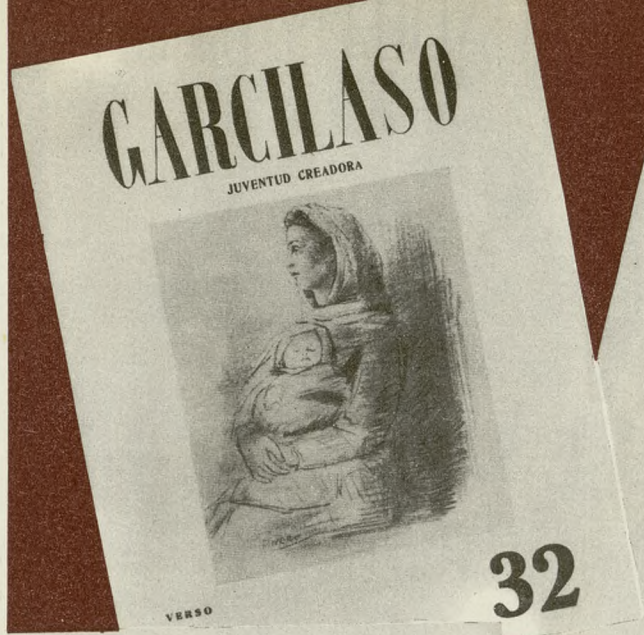
Al comenzar la guerra unitaria, España se había partido en dos mitades, presentándose el contrasentido o la paradoja de que la España rural había de vencer y asimilarse a la incipiente España industrializada, o sea la España del socialismo comunista, la anti España del Estado catalán y de Euzkadi. En ese momento, los escritores que habían aparecido en 1899, en 1909, en 1919 o en 1929 o se convirtieron en aliados de la facción marxista, de la secesión separatista o se expatriaron física o moralmente de la Patria, entregándose a un silencio absoluto. De la gente del noventa y ocho sólo Miguel de Unamuno pudo pronunciarse por el Alzamiento Nacional en julio de 1936, pero Unamuno falleció el 31 de diciembre de aquel año. España parecía, según las palabras escolásticas, una *tabula rasa*, en la que sólo los militantes y la juventud estaban en su puesto. Dentro de la juventud hay que incluir en primer término a la juventud falangista, ya que la Falange, además de ser una solución a nuestra antiquísima crisis política, fué también una fórmula literaria, una renovación de la vida y del estilo, como emanación o prolongación externa de la vida renovada. José Antonio Primo de Rivera llevaba consigo la posibilidad de un gran poeta, de un gran novelista, de un gran dramaturgo, como había demostrado ser un gran orador y un ensayista incomparable. La Falange fué un movimiento político; pero fué a su vez un movimiento literario, en el que colaboraron desde sus orígenes Rafael Sánchez Mazas, Ernesto Giménez Caballero y Eugenio Montes, quienes representan la España literaria que no había faltado en Marruecos, en Roma, en Berlín, en Londres, en América. La España original y universal, caracterizada por un pensamiento y por un estilo.

Hubo en 1936 la aportación de «Acción española», de la revista fundada en 1931, poco después de «La Conquista del Estado», por quienes confiaban en una supervivencia de la tradición monárquica de España. Fueron José María Pemán, Sainz Rodríguez, Vegas Latapié, Jorge Vigón, José Félix Lequerica, José Ignacio Escobar, Joaquín Arrarás, José María Areilza, continuados por José Antonio Cortázar, José María García Escudero, Juan José López Ibor, que eran más o menos inéditos en julio de 1936.

La España campesina, la España de las ciudades históricas, que se industrializó para el esfuerzo de una guerra moderna, tuvo asimismo que improvisar una prensa provinciana al servicio de su causa patrióticamente revolucionaria y unitaria. Pamplona inventó el arquetipo de un periódico poético y guerrero, teológico y polémico — su «Arriba España» —, que se extendería a través de las tierras reconquistadas de la Península. Este fué el vaticinio de que en la década de 1939 a 1949 iba a renovarse, transformándose, pese a las dificultades técnicas, el periodismo español. En esta Pamplona de la Navarra fronteriza con Francia, se publicó, en 1937, «Jerarquía» (la revista negra de la Falange), gracias a la maestría en el arte tipográfico de Angel María Pascual, que junto con Fermín Izurdiaga se había formado en la escuela periodística y literaria de don Raimundo García y García. La revista negra de la Falange fué un canon ornamental y neoclásicamente doctrinal dentro del credo nacional-sindicalista. Acaso, porque allí se había refugiado don Eugenio d'Ors, que prestaba la constancia de su novecentismo, así como también apareció allí Pedro Lain Entralgo, médico, filósofo, historiador de la Medicina y de las generaciones culturales, y más tarde director de «Escorial» y de la Editora Nacional, iniciada inmediatamente en Burgos. En el otro extremo del Pirineo — esta cordillera que se ofreció como plinto a Basterra para sus augurios españoles — Vicente Risco y Ramón Otero Pedrayo, arrepentidos de su desviación galaica, hubieron de proteger y fomentar la fundación de otra revista menos lujosa aparentalmente; pero que con su título de «Misión» colaboraría entre los ingredientes de una política futura. «Misión» se trasladó luego a Pamplona, bajo el patrocinio de don Eugenio d'Ors, mientras que los gallegos y los vascos españolizados se reunieron en San Sebastián, en la redacción tradicionalista, falangista, unitaria de «La Voz de España» dirigida por Juan José Pradera.

Abajo, en Sevilla, se publicaba «Fe» fundado en 1936 por Patricio González y Canales, en tanto que Eduardo Lloset Marañón resucitó su revista «Mediodía» como un entronque con la feliz España literaria de la Dictadura: la época de «La Gaceta literaria», de Giménez Caballero; de «Verso y prosa», de «Carmen» y «Lola» de «Gallo y Pavo», de «Papel de aluluyas», de «Meseta», de «Manantial», etc. etc. La Falange andaluza se polarizó literariamente en torno a «Fe», de Sevilla, y a «Sur», de Málaga, esperando el mes de abril de 1939 para ser uno de los componentes de la síntesis de una década.

Entre Andalucía y Navarra estaban emplazadas Salamanca, Valladolid y Burgos, las ciudades por donde pasó el ímpetu energético y organizador del Cuartel General. En Salamanca, desde 1937, dirigió «La Gaceta Regional», a quien pués el subtítulo de «Diario Nacional de Salamanca», porque desde 1937 había decidido la creación de «El Español» como órgano representativo y expresivo de la España unitaria, de la paz unitaria, de la España unida y archipotenciada por Franco. En Valladolid funcionaba la matriz jonsista de Castilla, alrededor de la acción militar de sus banderas y de la acción intelectual y periodística de Antonio Tovar, de Narciso García, de Javier Martínez de Bedoya, de Jesús Ercilla, de Gabriel Hernández, de Andrés María Mateos, etc., enrolados en el semanario y en el diario «Libertad». Habiéndose convertido Burgos en la sede definitiva del Cuartel General, hubo de influir esta jefatura en un predominio burgalés en la postrera fase



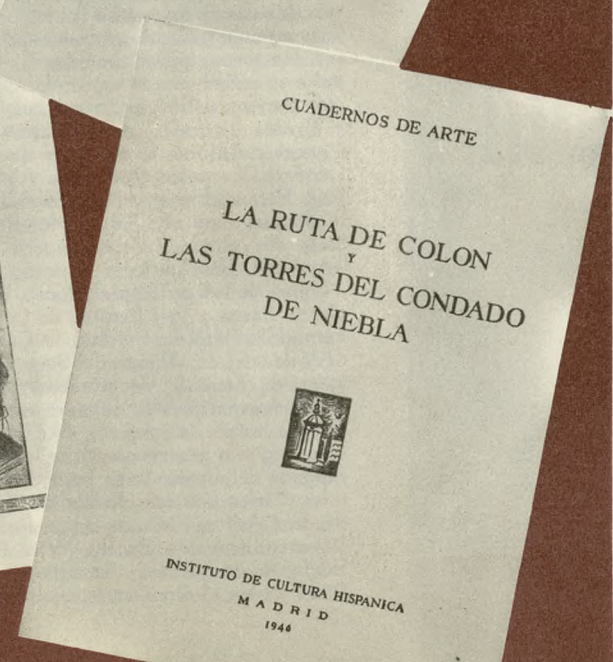
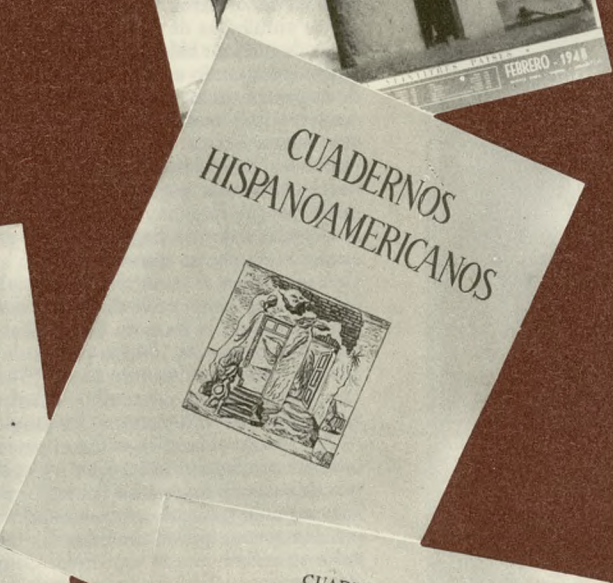
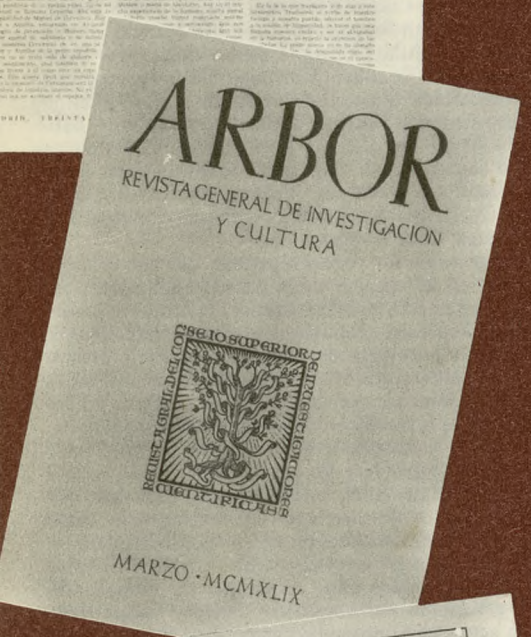
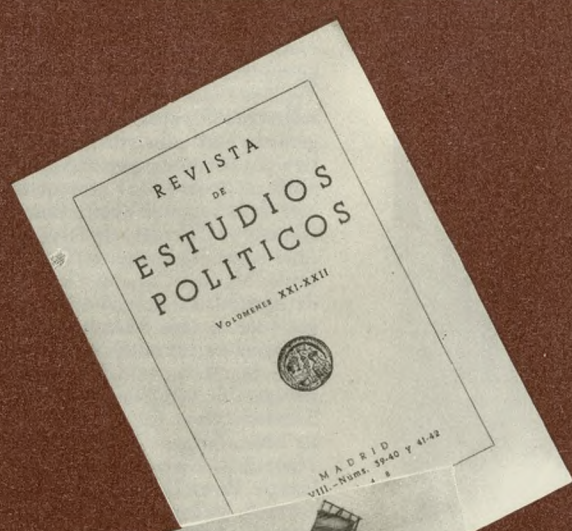
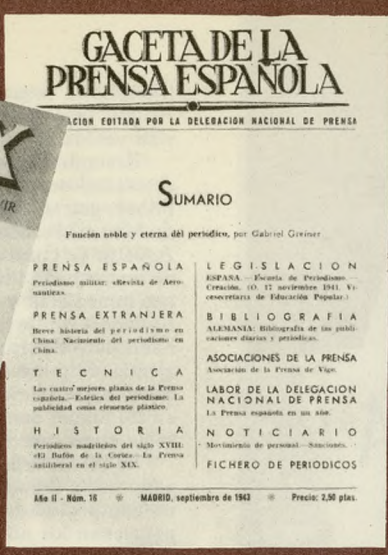
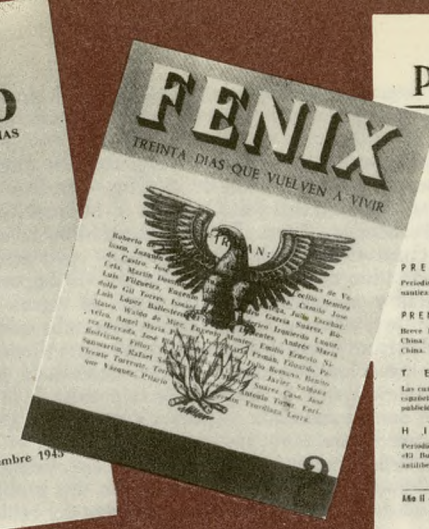
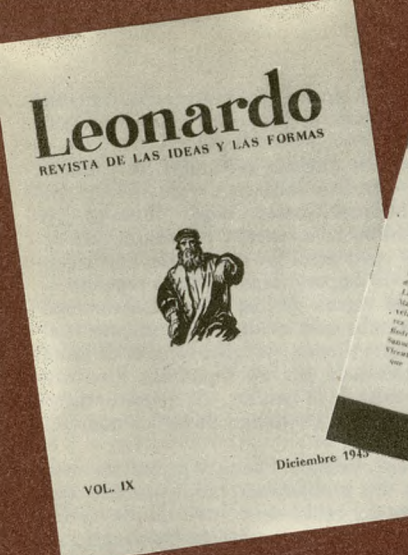


literaria de la guerra, trabajando allí Dionisio Ridruejo, José Antonio Jiménez Arnau, Juan Beneyto, Pedro Lain Entralgo, al frente de proyectos que se realizaban venida la paz.

Resumiendo: entre 1936 y 1939 surgieron los núcleos culturales ya citados, destacándose, además, la edición de «Vértice», en San Sebastián, y de «Fotos», en Bilbao, gracias a la tenacidad de Cadenas y Manuel Gómez Comes («Romley») y de Manuel Fernández Cuesta. En ese tiempo hubo la aparición de una novela de Agustín de Foxá: «Madrid, de Corte a checa», cuyo éxito fue reconocido por todos; de un pequeño libro de Antonio Tovar sobre «El Imperio español», con repercusiones inmediatas y sucesivas, y de un libro de versos de José María Castroviejo, titulado «Altura», en cuyo prólogo me preguntaba con avidez a mí mismo cuál había de ser el fruto literario de tanta lid, de tanta ilusión, de tanta sangre, de tanta alegría, de tanto dolor, de tanta esperanza derriamada por los españoles. Pronosticaba un renacimiento de la novela y de la poesía, de la palabra, de nuestro verbo en el mundo; pero la adecuada respuesta a mi interrogatorio han de ser los nombres y las obras que siguen.

La célula de la Literatura son la poesía y el periodismo. Poetas y periodistas han germinado, durante esta década española, con una proliferación tan exuberante que no han podido disminuir ni las intermitencias del caldo de cultivo donde se expansionan los númenes poéticos, que son las revistas de poesía, ni las vacaciones prolongadas del curso postrero de una escuela oficial. Tanto los periodistas cuanto los poetas, han nacido y prosperado en las cincuenta provincias españolas con tal redoblada perseverancia en su vocación, que las décadas posteriores a 1949 han de nutrirse con el jugo vivo de esta multiplicidad del espíritu genésico de España. Teniendo que haber sufrido la escasez de una penuria mundial de materias primas referentes al papel, linotipias, matrices y rotativas, la prensa española se ha ingeniado para subsistir invenciblemente sin haber acudido a la truculencia informativa. La sazón del periodismo español se ha manifestado en la serie de correspondientes extranjeros que presenciaron desde el terreno los acontecimientos y el desenlace de la segunda guerra ecuménica, cuales Ismael Herraiz, Carlos Sentis, Méndez Domínguez, Penella de Silva, José Ramón Alonso, Lorenzo Garza, Eugenio Suárez, Luis López Ballesteros, Trinidad Nieto Funcia, Miguel Moya Huertas, Rodrigo Royo, Manuel Casares, Guy Bueno, Cesar de Iriarte, Luis Climent, José Ramón de Aguilar, Salvador Vallina, Ignacio Ramos, Delgado Olivares, Sánchez Cañamares, Juan Ramón Masoliver, etc., que son ojos y conciencia de España más allá de nuestras fronteras. En el periodismo interior se han destacado—salvo error u omisión—figuras juveniles como Juan José Pradera—el antiguo director de «La Voz de España» de San Sebastián—, Ismael Herraiz, Pedro Gómez Aparicio, José María Sánchez Silva, Julio Fuertes, Manuel Vázquez Prada, Emilio Romero, Luis Ponce de León, Frago del Toro, Ruiz Ferrón, Blanco Tobo, José María de Vega, Saiz Maspulen, Bartolomé Mostaza, Carlos Foyaca, Suárez Caso, Enrique Aguinaga, José A. Pérez Torreblanca, García Venero, Lucio del Alamo, Alfredo Sánchez Bella, Antonio Valencia, Pedro de Lorenzo, Alvaro Cunquero, Gómez Tello, Gaspar Gómez de la Serna, Antonio Covalada, Gutiérrez Durán, Sánchez Marín, Florentino Soria, Enrique del Corral, Julio Trenas, Juan Carlos Villacorta, Adolfo Prego, Angel Marrero, José Luis Colina, Jaime Torner, Juan Sampelayo, Leocadio Mejías, Pomo Angulo, Xavier de Echarrri, Zubieta, Obdulio Gómez, Carlos Alonso del Real, Fernández Asís, Epifanio Tierno, Marcelino Junquera, Santiago Galindo, etc., etc. En la prensa provincial se distinguen los directores y redactores José Molina Plata, José María Bugella, José Cirre, Antonio Sánchez Gómez, Miñano Ros, Santiago Lozano, Celestino Fernández, Angel del Campo, Lorenzo Muro, Primitivo García Sánchez Manher, Francisco Javier Abril, Aquilino Morcillo, Carlos San Martín, Eduardo Molina Fajardo, Francisco Arias de Velasco, Francisco Bravo, Dámaso Santos, José y Jesús de las Cuevas, Demetrio Ramos, Fernández Rúa, Domínguez Barberá, Raimundo Domínguez, Sanz Cajigas...

Será difícilísima una citación completa de los poetas españoles que aparecieron, aunque fuese con un parvo equipaje, en el espacio de la década analizada, pues sólo Cataluña ofrece un sumando de cien poetas en este instante del cómputo actual y cada comarca ostenta una semejante representación poética. Hasta 1936, el poeta que no figuraba en ambas ediciones de la antología de Gerardo Diego, no existía para los mentideros literarios. En cambio, los que no se encuentren mencionados en las antologías de Alfonso Moreno y César González Ruano, ni tampoco en las listas de nuestro balance, no deben sentirse fuera del caudal de la invención española, sino participando en la secuencia verbal e imaginativa de nuestra Patria Poetas de la guerra unitaria fueron José María Castroviejo, en cuyo poema «Altura» está conservada la temperatura de la revolución nacional, y José Antonio Cortázar, con sus versos acerca de la Legión, que dentro de cien años se canturrearán como romances. José María Valverde era un niño de diez años en su Valencia de Alcántara natal cuando la guerra ascendía del Sur, cual un vaho embriagador y sonoro; mientras que Eugenio de Nora sólo contaba doce años en su pueblo maragato de la Cepeda, a donde llegaría algún estampido del asedio de Oviedo. Pongo estos ejemplos de poetas transidos por la actualidad, porque coincido con el catedrático Gerardo Diego al incluirlos en el ámbito de una poesía romántica, humana, septica, cristiana, empapada de Dios y del hombre, a diferencia de los poetas classicistas, que continúan la línea de Luis Rosales, Dionisio Ridruejo y José García Nieto. En el mes de Mayo de 1943 la poesía de la paz unitaria cristalizó en la revista «Garcilaso», que ha subsistido hasta 1946, debido al tesón de José García Nieto, quien puso campamento, cenáculo y cátedra en el Café Gijón, del Paseo de Recoletos, que, gracias al «Silencioso», ha sido el café literario más conocido y más atrayente de España. «Garcilaso» fué el portavoz de la «Juventud Creadora» —después se han desarrollado el indalismo y el postismo— en un momento en que el genio poético de nuestra lengua ha florecido primaveralmente, apuntándose hasta en Barcelona un auge parejido al movimiento ochocentista de la «Renaixença». «Garcilaso» fué una revista plural de todas las tendencias, aunque su director fuese un poeta fiel a su síno humano y poético. Coincidió el apogeo de «Garcilaso» con la aparición de «Lazarillo», en Salamanca, merced a la orientación de Alfonso de los Cobos y Santos Torroella; de «Espadaña», de León, orientada por Victoriano Alonso Cremer y Antonio G. de Lama; de «Proel», de Santander, encuadrando a Gómez Cantoya, Leopoldo Rodríguez Alcalde, Marcelo Arroita Jáuregui, Julio Maruri, José Hierro, Enrique Sordo y el fallecido José Hidalgo («Proel» se ha transformado luego en «La Isla de los Ratones», que conduce Manuel Arce); de «Halcón», de Valladolid, con Manuel Alonso Alcalde; de «Tabarca», de Alicante; de «Acanto», del Instituto Antonio de Nebrija; de «Alcántara», de Cáceres; de «Arga», de Felipe Gómez Alonso, en Pamplona; de «Cántico», de Ricardo Molina, García Baena y José Bernier, de Córdoba; de «Azarbe», de Juan Abellán, Manuel Fernández Delgado, Dicitinio del Castillo y Castillo Puche, de Murcia; de «Ribalta», de Valencia; de «Viento del Sur», de Granada; de «Pilar», de Zaragoza; de «Mensaje», de Tenerife; de «Cauces», de Sevilla; de «Nubis», de Palencia, etc., etc. La producción poética de tanta voz lírica se recogió en el centenar de volúmenes publicados por la colección «Adonais», sostenida mediante el mecenazgo de Juan Guerrero y la perseverancia de José Luis Cano; sobresaliendo, entre los poetas, sin ninguna definición, Jesús Juan Garcés, Suárez Carreño, Vicente Gaos, Rafael Morales, Carlos Bousoño, Remedios de la Bárcena, Concha Zardoya, Ginés de Alvarada, José Antonio Muñoz Rojas, Federico Muelas, Manuel Díaz Crespo, Luis Felipe Vivanco, Leopoldo Panero, Félix Ros, Dolores Catarineu, Alfonso de la Torre, Ildefonso María Gil, Enrique Azcoaga, Germán Bleiberg, Juan Ruiz Peña, Pérez Creus, Julio Garcés, Salvador Pérez Valiente, José Luis Prado Nogueira,



Rafael Montesinos, Dionisio Gamallo, Julio Rodríguez, José Salas, Pura Vázquez, Castro Villacañas, Ricardo Juan Blasco, Francisco José Mayáns, Edmundo de Ory, Luis López Anglada, Arcadio Pardo, Pedro Lezcano, Carlos Rodríguez Spiteri, Gabriel Celaya, Leopoldo de Luis, Antonio Oliver, José Luis Gallego, Antonio de Zubiaurre. Los poetas catalanes, capitaneados por Fernando Gutiérrez, junto a Martín Riquer, Juan Eduardo Cirlot, se congregaron en la desaparecida revista «Entrega de poesías», aunque la poesía catalana permanece, en su mayor parte, inédita, introvertida, hermética, expectante. Los nombres de estos poetas que se recatan son Juan Pinell, Jordi Cots, Luis Gassó, José Palau, Juan Barat, José Romeu, Salvador Espriu, Juan Triadó, Alejandro Cirici, Francisco Gassó, Adolfo Nanot y Miguel Arimany. La poesía cerebralista, enconada, elaboradísima de estos poetas no se conoce en el resto de España, donde se conoce, por el contrario, la metamorfosis de un poeta catalán en un editor genial, en el editor más dinámico y polifacético durante esta época. He mencionado a José Janés.

Si la sustitución y continuación de los poetas anteriores a 1936 no era empresa desagradable, porque no se había roto el hilo sutil, metafórico que unía a las dos mitades de la guerra unitaria, hasta el caso de que Federico García Lorca fue exprimido por los poetas miméticos y endebles de la unidad y de la facción, parecía casi improbable que hubiese arrostros para restaurar la creación novelesca, bastante deteriorada y ruin en las vísperas del 18 de julio. Sin embargo, se han destacado la aparición de Camilo José de Cela, desde que publicó su «Pascual Duarte»; de Carmen Laforet, con su triunfante «Nada»; de Pedro Alvarez, con «Los chachos», «Nasa» y «Los colegiales de San Marcos»; de Manuel Pombo Angulo, superándose a partir de «Hospital General»; de Zunzunegui, que es un novelista completo; de Miguel Villalonga, el inolvidable autor de «Miss Gacominí»; de Vicente Escribá, que alcanzó fama desde «Una raya en el mar»; de Marcial Suárez, el autor de «La llaga»; de Gonzalo Torrente Ballester, con renombre por la publicación de «Javier Mariño» y «El golpe de Estado de Guadalupe Limón»; de José Antonio Jiménez Arnau, con personajes y temas internacionales a lo largo de «La línea Sigfrido», «El puente», «La colmena», «La hija de Jano», «La canción del jilguero», «La cueva de los ladrones»; del tremendista Manuel Sánchez Camargo, con «Nosotros, los muertos»; de Rafael García Serrano, que obtuvo un premio nacional con «La fiel infantería»; de Mercedes Ballesteros de la Torre, autora de «Todo llega después»; de Carmen de Icaza, de Eugenia Serrano, de Pedro García Suárez, de Tristán Yuste, de Dario Fernández Flórez, de Félix Ayala, de Carlos de Santiago; y los autores galardonados con el premio «Eugenio Nadal», que otorgó la Editorial «Destino» a José Félix Tapia a I. M.<sup>a</sup> Gironella y a Delibes Setién.

No obstante la prevención contra el cuento, inexplicable en las revistas y semanarios, han descollado como finísimos cuentistas: José María Sánchez Silva, Julián Ayesta, Manuel Halcón, Adolfo Lizón y los humoristas de «La Codorniz» — Alvaro de la Iglesia, Alfredo Marquerie, Miguel Mihura, Noel Clarasó —, a la que hay que presentar como un exponente literario de esta época, en la que la invención —, a pesar de los nombres de Román Escototado, Víctor Ruiz Iriarte, Eusebio García Luengo, Emiliano Aguado, Horacio Ruiz de la Fuente, etc. —, se separa del Teatro para dirigirse a la redacción de guiones cinematográficos y de guiones radiofónicos. Sin embargo, Joaquín Calvo Sotelo y Carlos Llopis han complacido al público de este tiempo en el que se debe notar la perfección de los directores de escena, a la manera de Luis Escobar, de Cayetano Luca de Tena, Modesto Higuera y las artistas que tan pronto pasan de la pantalla al escenario como rivalizan en sabiduría y desenvoltura intelectual, al modo de Natividad Zaro, Josita Hernán, Ana Mariscal y Conchita Montes, con los escritores de esta década.

Tal alud de personas y tantas obras en potencia debieron ser movilizadas, durante la paz unitaria de Franco, en los amplios receptáculos nacionales que se crearon, para su estímulo y para su ordenación, desde el mes de octubre de 1942. Los protagonistas de la guerra se habían establecido en Madrid, trasladando hasta este centro de la Patria las revistas castramentales — «Misión» y «Vertice» —. Cuando José Antonio reposó en El Escorial, esta palabra reluciente y sólida se imponía para emblema de otra revista, que fue fundada por la Falange para que la dirigiesen Pedro Laín Entralgo y José María Alfaro. Era un monumento imprescindible que requiera a su vez la creación de «El Español», de «La Estafeta Literaria» y de «Fantasía», como la clave de bóveda de un período de la vida de nuestra Patria que había sobrepasado a los intentos fragmentarios y reducidos de las décadas anteriores. Así como la década de 1899 a 1909 presentó, aparte de la inicial «Revista nueva», la granada revista «Alma española», y la década que transcurre de 1909 al 1919 trajo hacia 1915 la revista «España», y la década que va entre 1919 y 1929 se representó por la «Revista de Occidente», anticipándose a la división del mundo en dos mundos, y la década de 1929 a 1939 se caracterizó con la revista «Cruz y raya» — o sea, la afirmación y la negación, el más y el menos, el sí y el no pareados y problemáticos —; después de 1939 la década postrera es la década del semanario «Si», suplemento de «Arriba» y, sobre todo, de «Fantasía», «La Estafeta Literaria» y «El Español». Centenares y centenares de periodistas, poetas, novelistas, cuentistas, ensayistas, comediógrafos, guionistas de cine y de radio, radicados en Madrid, en las provincias y en los pueblos españoles, manifestaron semanalmente que nuestra invención, que el genio literario de España era irreprimitable y eterno. Entre tanto, la España que estaba dispuesta a resignarse ante el dilema de don Santiago Ramón y Cajal, había creado tan sólo durante la guerra unitaria una revista titulada, con un sentido de la fugacidad, «Hora de España», que se trocó luego en la revista de los exilados bajo el rótulo de «España peregrina». No llegan a la docena los poetas, aunque posean un estro sobrenatural, que superviven en la emigración, indudablemente con la nostalgia de la palabra lejana. Porque las palabras de una lengua han de escribirse y pronunciarse junto al venero del idioma, junto a la fuente verbal de España. Han de ser dichas y escritas en la propia calle, puesto que la creación de nuestra literatura es tanto popular como minoritaria, reconociéndolo así el poeta catalán Juan Bautista Torelló al referirse en la revista «Arbor» a la lengua y a la poesía catalana, «...lengua y poesía de especialistas en una tierra que no puede permitirse estos lujos por sufrir constantemente la invasión de la lengua castellana, que es una lengua expansiva precisamente por su prodigalidad barroca». El poeta catalán Juan Bautista Torelló termina de este modo su examen: «Así, la lengua castellana puede permitirse el lujo de una poesía de minorías, pero no la lengua catalana, que se debate entre su vida en la actualidad literaria y su vida en la calle, totalmente escindidas».

La década unitaria de Francisco Franco no ha dado cabida a ninguna escisión.

J U A N A P A R I C I O

NOTA BENE. — Innumerables periodistas, poetas, novelistas, narradores y escritores en general viven y publican en la España de Francisco Franco, quienes no han sido mencionados en la reseña anterior. Su omisión no se debe a ningún menosprecio de su labor creadora, ni de su menester nacional; sino que han sido dejados fuera por la memoria falible del autor o pertenecer su aparición a un tiempo precedente a la década 1939-1949. Seguramente, los omitidos valen tanto o más que los ya citados. Gracias a Dios.